

## OJOS QUE NO VEN

*Iris García*

“¿Quieres ganarte diez mil varos?” le dije a Leobardo, y encendí un cigarro. Solté el humo despacio. Quise darle tiempo de sopesar la oferta. Registré en *close up* la perplejidad de sus ojos, mayor que cuando lo invité a sentarse y le ofrecí pagar lo que se hubiera tomado.

“No cojo con putos,” sentenció. ‘*Indignado*’ habría dicho la acotación del *script*, seguido de un ‘*se levantó y se fue*,’ pero siguió sentado con gesto de perdonavidas, tomándose su cerveza. Eso restaba credibilidad a la línea.

“Yo tampoco,” dije.

“Salud por ese motivo,” festejó.

Sonreí complacido por lo pertinente del improvisado parlamento. Levanté mi margarita. Apunté mentalmente: en las cantinas siempre es mejor tomar cerveza, para que no confundan la sensibilidad del paladar con putería.

Pedí la última ronda. Remarqué *última*, previendo que la posibilidad de quedarse sin suministro alcohólico despertaría al menos su curiosidad financiera. Leobardo trataba de dar sorbos cada vez más pequeños, pero la reserva ética disminuía inexorablemente.

“¿De qué se trata?” preguntó al fin, *‘con resignación.’*

“Ando buscando actores para una película y tú me das el tipo.”

La incredulidad apareció en su rostro abotagado, pero la desechó para hablar de las cosas importantes.

“Chale, ¿diez mil varos?”

“Eso dije.”

“¿Va a salir en el cine?”

“No, es otro tipo de película.”

“Si es de encuerar chavitos, yo no le entro.”

Algo en su voz me dio la certeza: a estas alturas le entraba a cualquier cosa.

“No, no es nada malo,” quise tranquilizarlo.

“Chale, diez mil varos,” saboreó la cifra durante unos instantes; tal vez calculó el número de tragos a los que equivaldría.

Durante el silencio imaginé una escena en la que Leobardo levantaba vasos en cámara rápida mientras a su alrededor se acumulaban las botellas vacías. La imagen me gustó, aunque fuera el más común de los lugares comunes. Dijo que sí antes de preguntar cuál era el argumento. Quedamos de vernos en la misma cantina al día siguiente. Yo llevaría el guión para que lo fuera leyendo de camino al estudio.

No era un papel difícil, le dije, y en realidad no lo era.

Los cuatro actores requeridos fueron reclutados en los bares del puerto. Era necesario que nadie pudiera identificarlos, porque la intención era hacer pasar la grabación por un hecho verídico. Antes de proponerles cualquier cosa procuraba enterarme un poco de sus vidas. Cosa sencilla. Los borrachos siempre quieren ser escuchados. Buscaba una constante: alcohólicos empedernidos, solitarios. Nadie bebe solo a menos que tenga una vida miserable. Un hombre miserable es capaz de aceptar cualquier propuesta.

En menos de diez días tenía a todo el reparto: un albañil desempleado, porque en la última construcción se había lastimado la espalda y no podía cargar los bultos de cemento; un maestro fugitivo que perdió su trabajo después de embarazar a una pupila; un pescador que en tiempo de huracanes no hacía más que convertir en chupe las ganancias del verano; y Leobardo, un tipo que bebía por pura vocación, crítico feroz del cine transmitido por televisión abierta, que calificó como basura visual poco realista, y de la literatura policiaca adquirida en puestos de revistas, que consideraba el único género capaz de definir cómo es de culero el ser humano. Todos estaban solos más o menos por la misma razón: nadie los toleraba.

“La cosa es bien sencilla,” les dije una vez reunidos los cuatro hombres que miraban las luces del estudio con cara de conejos asustados. “Ustedes forman parte de la banda Los Calvos. Son miembros del Cártel de Sinaloa y fueron detenidos por el Comando Táctico de Operaciones Especiales de la Policía Preventiva de Acapulco. Están aquí para rendir declaraciones sobre los asesinatos perpetrados. Deben verse

asustados y a la vez convencidos de decir la verdad. No se pongan nerviosos por las luces y la cámara. Vamos a hacer ensayos. Se irán acostumbrando.

“¿De veras tengo que usar esta playera roja? Me siento medio joto,” preguntó el profe.

“Es una estrategia cinematográfica para fijar la atención en un personaje importante,” puntualicé. “Si te fijas, eres quien tiene el parlamento más extenso, y lo que dices es primordial para entender la trama.”

“No le expliques nada a ese pendejo que no entiende ni madres de cuestiones artísticas,” replicó Marcelo al fondo del estudio y se rascó la cabeza con el cañón de la pistola. “Se le paga para hacer lo que se le pide.”

“¿Ellos también son actores?” preguntó Leobardo.

“Sí, ellos también.”

“Y de los mejores,” apuntó Marcelo. “Yo soy el jefe del Comando Táctico, y mientras ustedes solo van a estar en esta escena, yo aparezco en toda la película.”

Hizo una pausa dramática. Mis sicarios de cantina lo miraban extasiados, como tratando de reconocer su rostro, de hacerlo casar con el visto en un fotograma de churro mexicano. Si yo no lo hubiera conocido, lo habría confundido fácilmente con uno de esos actores de segunda que salían de villanos en las películas de los hermanos Almada.

“En realidad no somos más que Zetas infiltrados,” continuó en tono confidencial, “ya saben, el brazo armado del Cártel del Golfo, y de lo que se trata todo esto es de hacer un video en el que se culpe al otro bando de todo lo que pasa para que

desde la policía podamos dispararles a mansalva.”

“Ése es un asunto que no les interesa. Vamos a empezar los ensayos,” intervine, porque si lo dejaba era capaz de estar toda la noche fanfarroneando con aquello del pleito entre los narcos, del que creía saber más que Dios Padre.

“Lo perdimos,” dijo el profe haciendo circulitos con el dedo índice alrededor de su oreja.

Ni yo aguanté las ganas de reír.

“Chiste local,” dijo Leobardo cuando Marcelo preguntó por qué chingaos nos daba tanta risa.

Pedí a mis cuatro actores que se sentaran frente a una pared forrada con papel de estraza y que pusieran las manos hacia atrás, como si las tuvieran amarradas por la espalda. Primero el maestro de obra con camiseta blanca, luego el profe con su playera roja, después el pescador con el torso desnudo para que luciera el bronceado y al final Leobardo con playera gris claro.

La cámara enfocó a los cuatro personajes en *full shot*; grité “¡Acción!” y el profe, muy metido en el papel, comenzó a decir que habían sido ellos los responsables de las balaceras detrás del Centro de Convenciones, que todo era cosa del Cártel de Sinaloa para eliminar la competencia que le daban los minoristas del puerto y quedarse de lleno con la plaza. Bastante convincente, a no ser porque el pinche albañil no paraba de reírse quedito cada vez que miraba la cámara, así que repetimos la escena varias veces sin que el maistro lograra mantenerse en circunstancia.

“Cállate, cabrón, que estás echando a perder la película,” gritó Marcelo.

“Al cabo son ensayos,” se disculpó el maistro, y de plano soltó la carcajada, lo que encabronó más a Marcelo.

Para distraerlos, pedí que entrara la gente de maquillaje, porque para haber sido detenidos en un tiroteo estaban demasiado limpios. Los necesitaba con los ojos morados, y el pescador, que iba a salir con el torso desnudo, debía tener una herida sangrante en el costado. Eso si, el ‘productor’ quería que de veras se viera convincente.

“Acuérdate de que no tenemos presupuesto para esas chingaderas; lo del maquillaje vamos a tener que arreglarlo de otra forma,” sentenció Marcelo.

A un gesto sus hombres comenzaron a golpear a los presuntos narcos. Al pescador le dieron un tiro en el costado izquierdo.

“¿Allí esta bien o lo quieres del otro lado?” me pregunto Marcelo.

“Allí está perfecto,” le dije sin ver al herido, como si eso bastara para ignorar lo que estaba pasando.

Al profe no lo golpearon mucho por temor a que se les pasara la mano y no pudiera decir su parlamento. Leobardo fue el único que opuso resistencia. Lo agarraron entre dos para que Marcelo lo golpeará. De espaldas a ellos, escuché los gritos, las mentadas de madre y a Marcelo que entre golpe y golpe les decía que era para darle realismo a la escena. También oí el grito ahogado de Marcelo. Tuve que darme vuelta para enterarme de que Leobardo le había dado una patada en los huevos.

“Si fue pleito entre dos bandos, ¡ustedes también tienen que salir raspados!”

gritaba, tratando de zafarse.

Los del Comando Táctico sacaron las pistolas, sentaron a los cuatro hombres a madrazos, y ahora sí les ataron las manos por la espalda.

“Ahí está tu maquillaje. Tú dices si lo quieres más intenso.”

“Yo ya no quiero salir en esta película,” chilló el lancharo doblándose sobre su herida; intentó ponerse de pie, pero lo volvieron a sentar de un culatazo.

“Esta película sale porque sale,” bufó Marcelo y me ordenó seguir con la grabación. “Y a ustedes más les vale que esta toma salga chida si no quieren salir todos con herida de bala.”

Cuando dije “Acción” por decimotercera vez en la noche, el albañil lloraba. El profe dijo sus parlamentos con tal convicción, frustración y cansancio, que ni Sean Penn lo hubiera hecho mejor. Las caras amoratadas de los otros, su actitud de silenciosa derrota, eran una verdadera obra de arte.

Grité “¡Corte!”. Iba a apagar la cámara, pero uno de los del Comando Táctico me detuvo.

“Vas a salir en la imagen,” le dije a Marcelo que se acercaba lentamente a Leobardo.

“Pues haz que no me vea.”

Cerré la toma. Marcelo puso la pistola en la sien de Leobardo. Él no lo veía, veía hacia la cámara. Me veía. Se escuchó la detonación y su ojo izquierdo se fue cerrando poco a poco mientras la sangre brotaba del oído y la boca, pero el ojo derecho permaneció abierto, mirándome. No gritó, quizá porque no tuvo tiempo o

porque en el fondo no esperaba que la pistola tuviera balas de verdad.

Los otros tres chillaron y cerraron los ojos para recibir el balazo, así que al final sólo el ojo derecho de Leobardo me miraba, como reclamando la indecencia de haberlo privado de la enorme cantidad de cervezas que podría haber comprado con los diez mil pesos que le había prometido.

Apagué la cámara. Marcelo me dijo que el cierre que él había propuesto era mejor, y que con sus ‘efectos especiales’ nadie dudaría de la autenticidad del video. También me pidió que le enviara una copia de las últimas imágenes porque quería guardarlas de recuerdo. Los Zetas retiraron los cadáveres y me dejaron con la cinta de video y el equipo de edición.

En estos casos lo mejor es presentar un plano secuencia, así no se nota que está todo montado. La cuestión es decidir dónde empieza y dónde acaba. Nada de oscuros, entra en corte directo, justo al momento en que el profe o, mejor dicho, el jefe de la banda de Los Calvos acepta sus responsabilidades; luego, un corte para quitar el lapso en que se escucha mi voz. La escena anterior se liga con un *zoom in* al cuarto hombre en la fila. Una mano entra a cuadro y dispara. En la pantalla el ojo derecho de Leobardo me mira.

“Policíaca y realista,” pienso, “seguro que le hubiera gustado.” Le prometo: cuando me den mi pago—después de hacer las copias y enviarlas a las televisoras nacionales—voy a comprar diez mil pesos de cervezas y a tomármelas todas en honor del realismo, para que no se sienta defraudado.

\*\*\*\*\*